

MEMORIA, HEROICIDAD Y NACIÓN:
MONUMENTOS, TOPÓNIMOS, ESTAMPILLAS,
MONEDAS Y BILLETES EN CHILE, 1880-1930

Alfonso Salgado*
Columbia University

Resumen: *A través del estudio de los monumentos, nombres de calles, estampillas, billetes y monedas, el presente artículo analiza el proceso de construcción de la identidad nacional chilena, preguntándose por el vínculo que se estableció entre memoria, heroicidad y nación durante las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX. Merced a la entusiasta participación de la sociedad civil, la estatuaria y la toponimia conmemorativa convirtieron a las ciudades en un espacio privilegiado de discusión simbólica, culto heroico y propaganda nacionalista, cristalizándose en ellas un discurso identitario de nuevo cuño, que puso el acento en la herencia racial y en la tradición guerrera del país. Los sellos postales y el dinero, en cambio, fueron monopolizados por organismos estatales que, poco tolerantes a la inclusión de nuevas temáticas y héroes, difundieron una narrativa histórica que giró en torno a la institucionalidad republicana hasta bien entrado el siglo XX.*

Palabras clave: *Identidad nacional – Lugares de la memoria – Toponimia urbana – Monumentos – Sellos postales – Billetes y monedas.*

Abstract: *This article analyses the construction of Chilean national identity during the last two decades of the nineteenth century and the first three of the twentieth century. Through the study of monuments, street names, postage stamps, and national currencies, I examine the link between memory, heroism and nationalism. While urban toponomy and public statuary favoured a spatial narrative that focused on the ethnic roots and commemorated the national war, banknotes, coins and the philatelic evidence suggest the permanence of an identity discourse that emphasized the civic symbols and the republican institutions.*

Keywords: *National identity – Memory sites – Street names – Monuments – Postage stamps – Banknotes and coins.*

I. Introducción

El presente artículo indaga en la construcción de la identidad nacional chilena durante las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX. Analiza, principalmente, la relación entre memoria, heroicidad y nación, vínculo que se examina a través del estudio de los monumentos, nombres de calles,

* ALFONSO SALGADO. Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Programa de Doctorado en Historia, Columbia University. Correo electrónico: asalgad1@uc.cl

estampillas, billetes y monedas. En líneas generales, argumento que estos elementos contribuyeron al establecimiento de una memoria histórica de carácter heroico y nacionalista, aunque con matices. La estatua y la nomenclatura conmemorativa convirtieron a las ciudades en un espacio privilegiado de discusión simbólica, culto heroico y propaganda nacionalista. Debido a la acción de las autoridades locales y de la sociedad civil, ellas cimentaron un discurso identitario de nuevo cuño, que puso el acento en la herencia racial y en la tradición guerrera del país. Los sellos postales y el dinero, en cambio, fueron monopolizados por organismos estatales que se mostraron menos tolerantes a la inclusión de militares e indígenas, difundiendo una narrativa que giró en torno a la institucionalidad republicana hasta bien entrado el siglo XX.

Esta investigación se inscribe dentro de lo que se ha dado en llamar “estudios de la memoria”, un campo interdisciplinario en el que el aporte de la historiografía francesa ha sido fundamental desde la publicación de los trabajos recopilados por Pierre Nora.¹ La heroicidad es un tema que sólo últimamente ha despertado la curiosidad de los historiadores, y Francia ha aportado también con obras colectivas de enorme valor.² En lo que respecta a los monumentos, este artículo se inspira en los pioneros estudios de Maurice Agulhon y George Mosse.³ Para el examen de los nombres de las calles me ha sido de gran utilidad la contribución de Daniel Milo a la colección de Nora citada arriba, pero también los aportes de los geógrafos Maoz Azaryahu y Brenda Yeoh.⁴ La importancia simbólica de los

¹ Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire* (París, Gallimard, 1984-1992).

² Pierre Centlivres, Daniel Fabre y Françoise Zonabend (eds.), *La fabrique des héros* (París, Maison des Sciences de l'Homme, 1998); y Laurence van Ypersele (dir.), *Questions d'histoire contemporaine: Conflits, mémoires et identités* (París, PUF, 2006). En la historiografía chilena contamos, además, con el magnífico estudio de William F. Sater, *La imagen heroica en Chile: Arturo Prat, santo secular* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005).

³ George L. Mosse, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimiento de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich* (Buenos Aires, Marcial Pons/Siglo XXI, 2007); Maurice Agulhon, *Marianne au combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 a 1880* (París, Flammarion, 1979); y Maurice Agulhon, *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea* (México, Instituto Mora, 1994), pp. 89-178.

⁴ Daniel Milo, “Les noms de rues”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*. Tomo II. Vol. 3, pp. 283-315; Maoz Azaryahu, “The power of commemorative street names”, *Environment and Planning D*, Vol. 14, Nº 3, 1996, pp. 311-330; Brenda S.A. Yeoh, “Street-naming and nation-building: toponymic inscriptions of nationhood in Singapore”, *Area*, Vol. 28, Nº 3, 1996, pp. 298-307; Maoz Azaryahu y Rebecca Kook, “Mapping the nation: street names and Arab-Palestinian identity: three case studies”, *Nations and Nationalism*, Vol. 8, Nº 2, 2002, pp. 195-213; y Fernando Sánchez Marcos y Fernando Sánchez Costa, “Identities, Memories and Street Names in Barcelona, Lima and Manila”, en internet: http://www.culturahistorica.es/sanchez_marcos/identities_memories_street_names_barcelona_lima_manila.pdf. Véase, además, Maoz Azaryahu, “Street names and political identity: The case of East Berlin”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 21, Nº 4, 1986, pp. 581-604; Brenda S. A. Yeoh, “Street names in colonial Singapore”, *Geographical Review*, Vol. 82, Nº 3, 1992, pp. 313-322; J. Carlos González Faraco y Michael Dean Murphy, “Street names and political regimes in an Andalusian town”, *Ethnology*, Vol. 36, Nº 2, 1997,

sellos postales y de la moneda en la configuración de las identidades colectivas fue advertida ya por Eric Hobsbawm en su influyente artículo de 1983 sobre la invención de la tradición, pero sólo en la primera década del siglo XXI estas manifestaciones emblemáticas del nacionalismo han comenzado a recibir la atención que merecen.⁵ Las monedas y, sobre todo, los billetes han atraído a geógrafos, científicos políticos y otros estudiosos de Europa y Norteamérica,⁶ mientras que las estampillas han despertado la curiosidad de especialistas de Europa, África y Asia.⁷ Los trabajos de Rebecca Earle y Miguel Ángel Centeno ayudan a aterrizar estas temáticas en el contexto latinoamericano.⁸

pp. 123-148; Derek H. Alderman, "A street fit for a King: Naming places and commemoration in the American South", *The Professional Geographer*, Vol. 52, Nº 4, 2000, pp. 672-684; Derek H. Alderman, "Street names and the scaling of memory: The politics of commemorating Martin Luther King, Jr. within the African Community", *Area*, Vol. 35, Nº 2, 2003, pp. 163-173; Derek H. Alderman, "Naming streets for Martin Luther King, Jr.: no easy road", en Richard Schein (ed.), *Landscape and Race in the United States* (Londres, Routledge, 2006) pp. 213-236; y Reuben S. Rose-Redwood, "From number to name: symbolic capital, places of memory and the politics of street renaming in New York City", *Social & Cultural Geography*, Vol. 9, Nº 4, 2008, pp. 431-452.

⁵ Eric Hobsbawm, "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914", en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición* (Barcelona, Crítica, 2002), p. 291.

⁶ Eric Helleiner, "National currencies and national identities", *The American Behavioral Scientist*, Vol. 41, Nº 10, 1998, 1409-1436; Eric Helleiner, "Historicizing territorial currencies: monetary space and the nation-state in North America", *Political Geography*, Vol. 18, 1999, pp. 309-339; Tim Unwin y Virginia Hewitt, "Banknotes and national identity in central and eastern Europe", *Political Geography*, Vol. 20, 2001, pp. 1005-1028; Emily Gilbert, "Common cents: situating money in time and place", *Economy and Society*, Vol. 34, Nº 3, 2005, pp. 357-388; Josh Lauer, "Money as mass communication: U.S. paper currency and the iconography of nationalism", *The Communication Review*, Vol. 11, 2008, pp. 109-132; y Gustav Peebles, "Inverting the Panopticon: money and the nationalization of the future", *Public Culture*, Vol. 20, Nº 2, 2008, pp. 233-265. Véase, además, David Blaazer, "Reading the notes: thoughts on the meanings of British paper money", *Humanities Research*, Nº 1, 1999, pp. 39-53; José María de Francisco, "El estampillado de billetes de banco. Alteración de un documento económico como medio de propaganda política", *Revista General de Información y Documentación*, Vol. 14, Nº 2, 2004, pp. 59-96; y Thomas R. Gottschang, "Currencies, identities, Free Banking, and Growth in Early Twentieth Century Manchuria" (Documento de Trabajo del Departamento de Economía del College of the Holy Cross, Worcester, Massachusetts, 2004).

⁷ Jacques Leclerc, "The political iconology of the Indonesian postage stamp (1950-1970)", *Indonesia*, Vol. 57, 1993, pp. 15-48; Alexis Schwarzenbach, "Portraits of the nation: Imagery on Belgian postage stamps, 1914-1945", *Cahiers d'histoire du Temps Présent*, Nº 3, 1997, pp. 95-133; Robert A. Jones, "Heroes of the nation? The celebration of scientists on the postage stamps of Great Britain, France and West Germany", *Journal of Contemporary History*, Vol. 36, Nº 3, 2001, pp. 403-422; Douglas Frewer, "Japanese postage stamps as social agents: some anthropological perspectives", *Japan Forum*, Vol. 14, Nº 1, 2002, pp. 1-19; Pauliina Raento y Stanley D. Brunn, "Visualizing Finland: postage stamps as political messengers", *Geografiska Annaler*, Vol. 87, Nº 2, 2005, pp. 145-163; Phil Deans, "Isolation, identity and Taiwanese stamps as vehicles for regime legitimization", *East Asia*, Vol. 22, Nº 2, 2005, pp. 8-30; Igor Cusack, "Tiny transmitters of nationalist and colonial ideology: the postage stamps of Portugal and its Empire", *Nations and Nationalism*, Vol. 11, Nº 4, 2005, pp. 591-612; Keith Jeffery, "Crown, communication and the colonial post: stamps, the Monarchy and the British Empire", *The Journal of Imperial and*

En lo que al estudio de la nación y el nacionalismo respecta, esta investigación bebe de las principales fuentes que han moldeado el debate en las ciencias sociales, asumiendo como propio el giro que, desde los años ochenta y en dos direcciones, desplazó el foco “de la estructura a la cultura como centro de análisis, y, segundo, de la determinación a la construcción y la representación”⁹ Aparte de la perspectiva culturalista y el enfoque construcciónista de Hobsbawm y Benedict Anderson, considero especialmente sugerentes los planteamientos de Anthony D. Smith sobre el papel jugado por los símbolos en la construcción de las identidades nacionales y la noción de “nacionalismo banal” acuñada por Michael Billig para llamar la atención sobre las formas cotidianas en que se reproduce el nacionalismo.¹⁰ De mis lecturas recientes, quiero destacar solamente una idea. Esta se basa en un artículo de Jacques Hymans sobre los billetes europeos y dice relación con el rol del Estado en la difusión del imaginario nacional.¹¹ Más que pensar la construcción de la identidad nacional como un proceso unidireccional

⁸ Commonwealth History, Vol. 34, Nº 1, 2006, pp. 45-70; Michael Kevane, “Official representations of the nation: Comparing the postage stamps of Sudan and Burkina Faso” (Borrador del Departamento de Economía de Santa Clara University, California, 2006); Jesús García Sánchez, “Sellos y memoria: la construcción de una imagen de España, 1936-1945”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, Vol. 25, 2007, pp. 37-86; y Pauliina Raento y Stanley D. Brunn, “Picturing a nation: Finland on postage stamps, 1917-2000”, *National Identities*, Vol. 10, Nº 1, 2008, pp. 49-75. Rebecca Earle, “Sobre héroes y tumbas: Símbolos nacionales en la Hispanoamérica del siglo XIX”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 7, Nº 1, 2008, pp. 5-43; y Miguel Ángel Centeno, “War and memories: Symbols of State nationalism in Latin America”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 66, 1999, pp. 75-106. Véase, además, Joseph M. Galloy, “Symbols of Identity and Nationalism in Mexican and Central-American Currency”, *Applied Semiotics/Sémiose appliquée*, Vol. 4, Nº 9, 2000, pp. 15-34; y Jack Child, “The politics and semiotics of the smallest icons of popular culture: Latin American postage stamps”, *Latin American Research Review*, Vol. 40, Nº 1, 2005, pp. 108-137. Para un panorama continental de la relación entre arte y nacionalismo, véase Rodrigo Gutiérrez Viñuales, “El papel de las artes en la construcción de las identidades nacionales”, *Historia Mexicana*, Vol. 53, Nº 2, 2003, pp. 341-390.

⁹ La cita está tomada de Anthony D. Smith, “¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”, en Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de identidad de Herder a Homi Bhabha* (Buenos Aires, Manantial, 2000), p. 192. Las obras a las que hago alusión son, sucintamente, Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México, Fondo de Cultura Económica, 2007); Hobsbawm y Ranger (eds.), *La invención de la tradición*; y Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona, Crítica, 2004). Para una síntesis crítica de las distintas perspectivas teóricas sobre el estudio del nacionalismo, véase Anthony D. Smith, *Nacionalismo. Teoría, Ideología, Historia* (Madrid, Alianza, 2004).

¹⁰ Anthony D. Smith, “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, Nº 1, 1998, p. 76; Michael Billig, “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, Nº 1, 1998, pp. 37-57; y Michael Billig, *Banal Nationalism* (Londres, Sage, 1995).

¹¹ Jacques E. C. Hymans, “The changing color of money: European currency iconography and collective identity”, *European Journal of International Relations*, Vol. 10, Nº 1, 2004, pp. 5-31.

en el que el Estado se esfuerza por adoctrinar a una ciudadanía reticente, los planteamientos de Hymans invitan a pensar que fue el Estado quien buscó legitimidad en el nacionalismo, adecuándose así al espíritu de los tiempos.

Mencionados ya los supuestos teóricos en que se sustenta este trabajo, es menester dedicar algunas líneas a los alcances de la investigación en el marco de la producción académica local. En primer lugar, tengo la intención de dialogar con el creciente corpus de estudios empíricos sobre el nacionalismo chileno del período en cuestión, aun cuando no desconozco los méritos de trabajos que han reflexionado en torno a la identidad chilena desde una perspectiva especulativa y en un rango temporal más dilatado.¹² El surgimiento de una clase media que enarboló un nacionalismo de cuño étnico y antioligárquico a comienzos del XX ha sido ampliamente descrito por la literatura, interesándose también en la relación que esta estableció con el Estado, pero creo que este trabajo puede aportar en el conocimiento de los canales de legitimación simbólica disponibles y los referentes heroicos empleados. Pretendo, igualmente, llamar la atención de la historiografía sobre la importancia y las posibilidades analíticas que ofrecen las temáticas aquí abordadas. Si bien renombrados historiadores y bibliógrafos se interesaron antiguamente en estos tópicos –José Toribio Medina se preocupó de la numismática y el nombre de las calles santiaguinas atrajo la atención de Benjamín Vicuña Mackenna y Luis Thayer Ojeda–, el estudio de estas materias se encuentra hoy dominado por aficionados al arte y coleccionistas, siendo la estatua la única excepción a la regla.¹³

La pesquisa se basa en una serie heterogénea de fuentes. En lo que a los monumentos se refiere, he revisado inventarios de escultura, discusiones parlamentarias y publicaciones periódicas, sintetizando aquí los hallazgos que he analizado más latamente en otro escrito.¹⁴ Los documentos parlamentarios

¹² Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile: Cultural politics, nationalism, and the rise of the middle class* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001); Stefan Rinke, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931* (Santiago, DIBAM, 2002); Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo IV: Nacionalismo y cultura* (Santiago, Editorial Universitaria, 2007); William E. Skuban, *Lines in the Sand. Nationalism and Identity on the Peruvian-Chilean Frontier* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2007); y Bárbara Silva, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario* (Santiago, LOM, 2008). Véase, además, Jorge Larraín, *Identidad chilena* (Santiago, LOM, 2001); y Mario Sznaider, “Who is a Chilean? The mapuche, the huaso and the roto as the basic symbols of Chilean collective identity”, en Luis Roniger y Mario Sznaider (eds.), *Constructing collective identities and shaping public spheres: Latin American paths* (Brighton, Sussex Academic Press, 1998) pp. 199-216.

¹³ José Toribio Medina, *Las monedas chilenas* (Santiago, Impreso en casa del autor, 1902); Benjamín Vicuña Mackenna, *Una peregrinación a través de las calles de la ciudad de Santiago* (Santiago, Guillermo E. Miranda, 1902); y Luis Thayer Ojeda, *Santiago de Chile. Origen del nombre de sus calles* (Santiago, Guillermo E. Miranda, 1904).

¹⁴ Alfonso Salgado, “Escultura pública e identidad nacional: Chile, 1891-1932”, en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (eds.), *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010), Vol. 1, pp. 159-190.

han engrosado mi bagaje de conocimientos sobre el cambio de nombre de algunas calles, tópico que estudio a través de actas municipales y planos. Para analizar las estampillas, monedas y billetes me he servido de los catálogos de filatelia, numismática y notafilia chilenos, y he complementado su estudio con el examen de la legislación pertinente. Aunque el conjunto documental sobredimensiona la precedencia de Santiago y Valparaíso, he intentado corregir este sesgo dedicando especial atención al norte de Chile. Cabe señalar, asimismo, que si bien analizo la construcción del panteón nacional “desde arriba” y sopeso la importancia que en dicha construcción tuvo la pujante clase media, por dificultades metodológicas he decidido no aventurar hipótesis en torno al impacto de los esfuerzos nacionalistas en los estratos populares.

II. El Panteón Nacional: Monumentos y Calles

La estatuaria y la nomenclatura urbana reflejan a la vez que proyectan un discurso identitario en la ciudad, el espacio público por excelencia. Con el objeto de recalcar el carácter semiótico de la urbe, los geógrafos culturales acuñaron hace algunos años el enriquecedor concepto de “ciudad-texto” –expresión que engloba, entre otros, a estatuas y vías urbanas.¹⁵ La ciudad, apunta el historiador Fernando Sánchez Costa, es “un universo semiótico, una constelación de signos creados y significados por el ser humano”.¹⁶ En este apartado me propongo, entonces, “leer” los monumentos y los nombres de las calles de las principales ciudades chilenas, posando el lente en la difusión cotidiana de un imaginario nacionalista durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

Antes de comenzar, sin embargo, quiero destacar la importancia de la sociedad civil en el auge de la “estatuomanía” chilena y, en menor medida, el carácter conmemorativo de la toponimia. Si bien las primeras estatuas corrieron por cuenta de las autoridades, la gran mayoría de los homenajes de la primera mitad del siglo XX se debió a la acción y al financiamiento de amigos, discípulos y admiradores de un servidor público, correligionarios políticos, miembros de una asociación o vecinos de una ciudad. El papel del Estado se limitó a ratificar estas iniciativas populares por medio de leyes, generalmente aprobadas de forma unánime, aunque algunos parlamentarios inclusive argumentaron que

¹⁵ Véase, por ejemplo, James S. Duncan, *The city as text: The politics of landscape interpretation in the Kandyan kingdom* (Cambridge, Cambridge University Press, 1990). Utilizo el concepto en un sentido más limitado que el habitual, para referirme sólo a monumentos y nombres de calles, siguiendo en ello a Emilia Palonen, “The city-text in post-communist Budapest: street names, memorials, and the politics of commemoration”, *GeoJournal*, Vol. 73, 2008, p. 219.

¹⁶ Fernando Sánchez Costa, “Los mapas de la memoria. Nombres de calles y políticas de memoria en Barcelona y Madrid”, *Hispania Nova. Revista Electrónica de Historia Contemporánea*, N° 9, 2009, p. 193.

no era necesaria dicha autorización y fueron muchos los monumentos que se erigieron sin siquiera solicitarla.¹⁷ El Estado jugó, sí, un rol más importante en la nomenclatura urbana, aun cuando este no debe sobredimensionarse. De acuerdo a la Ley de Comuna Autónoma, aprobada en diciembre de 1891, las municipalidades eran las encargadas de dar nombre a las nuevas calles y cambiárselo a las antiguas, por lo menos hasta enero de 1915, fecha en que el Parlamento se arrogó la prerrogativa de cambiar de nombre de las vías, centralizando la toma de decisiones. En la práctica, las autoridades locales tuvieron siempre presente la opinión de la sociedad civil, que se expresaba a través de epístolas en la prensa o de peticiones enviadas a la corporación edilicia.¹⁸ Durante el lapso que va de 1891 a 1915, por ejemplo, alrededor de un tercio de los cambios de nombre de las calles santiaguinas tuvo su origen en una solicitud de los vecinos de las calles en cuestión.

Los antecedentes de la estatuaria santiaguina pueden rastrearse en la modernización tardocolonial de la urbe emprendida por el gobierno de Ambrosio O'Higgins, cuyas pirámides no se han conservado, y los primeros años de vida republicana, cuando se levantaron arcos triunfales de carácter efímero, se dictaron las primeras leyes con el fin de levantar estatuas conmemorativas y se colocó el monumento a la libertad americana en la Plaza de Armas.¹⁹ La monumentalización de la capital, sin embargo, no tomó fuerza sino hasta la segunda mitad del siglo XIX. En las décadas de 1850 y 1860 se inauguraron las estatuas del abate Juan Ignacio Molina, Diego Portales y tres héroes de la

¹⁷ Aunque el artículo 37 de la Constitución de 1833 dictaba que "sólo en virtud de una ley se puede...decretar honores públicos a los grandes servicios", este no impedía que se levantaran monumentos sin dicha autorización, como en aquella época lo hizo notar el renombrado constitucionalista Jorge Huneeus y parlamentarios de diversa filiación política. Quizás el más explícito exponente de esta idea fue el diputado conservador Rafael Gumucio, quien sentenció: "No se necesita de autorización legislativa para levantar estatuas". Véase *Constitución de la República de Chile jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833* (Santiago, Imprenta de la opinión, 1833); Jorge Huneeus, *La Constitución ante el Congreso, o sea comentario positivo de la Constitución chilena* (Santiago, Imprenta Los Tiempos, 1880); Congreso Nacional, *Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 57^a sesión ordinaria, 18 de agosto de 1922, p. 1505. Cabe notar, asimismo, que sólo 12 de las 28 esculturas erigidas en Santiago entre 1900 y 1930 fueron autorizadas por ley.

¹⁸ Ministerio del Interior, "Ley de Organización y Atribuciones de las Municipalidades", *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 24 de diciembre de 1891; y Ministerio del Interior, "Decreto 281", *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 28 de enero de 1915.

¹⁹ A menos que se indique lo contrario, la información relativa a los monumentos de Santiago ha sido tomada de Liisa Flora Voionmaa, *Escultura pública: Del monumento conmemorativo a la escultura urbana, Santiago 1792-2004* (Santiago, Ocho Libros, 2004); Roberto Hernández Ponce, *Los monumentos de Santiago* (Memoria para optar al título de Profesor de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1958); y Leticia López, *Santiago, Valparaíso y Viña del Mar: Sus Esculturas y Monumentos* (Memoria de prueba para optar al título de Profesora de Artes Plásticas, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1984).

emancipación, a saber, Ramón Freire, José San Martín y José Miguel Carrera. El primer lustro del decenio siguiente, que estuvo marcado por la incansable labor de Vicuña Mackenna en la Intendencia, acentuó la tendencia al alza, pues llegaron desde Europa monumentos a Bernardo O'Higgins y Caupolicán, columnas que recordaban a los escritores e historiadores de la Independencia, estatuas que manifestaban la fraternidad hispanoamericana y una Virgen que conmemoraba a las víctimas del incendio de la Iglesia de la Compañía de Jesús, aparte de varias esculturas destinadas a engalanar el Cerro Santa Lucía. El segundo lustro de los años setenta, por su parte, vio aparecer las estatuas de Pedro de Valdivia y el arzobispo Manuel Vicuña.

La Guerra del Pacífico despertó el patriotismo de las autoridades y de los escultores. En París, Virginio Arias concibió su alabado Monumento al Roto chileno, inaugurado el 7 de octubre de 1888 en la Plaza Yungay, en Santiago.²⁰ Antes, José Miguel Blanco había sido premiado por *El Tambor en Reposo*, representación de un joven combatiente de la cual se hicieron varias copias. No obstante esta militarización escultural, los homenajes a los estadistas y a los intelectuales siguieron siendo la norma por algunos años. Andrés Bello y José Miguel Infante fueron homenajeados en la ciudad en la década de 1880, y los monumentos a Manuel Montt y Antonio Varas, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui y Manuel Barros Borgoño profundizaron esta senda en la primera década del siglo XX, cuando la Alameda sufrió una nueva oleada monumental y una gigantesca Virgen María aterrizó en el Cerro San Cristóbal.

El Centenario de la Independencia amenazó con poblar aún más la urbe de héroes: "donde quiera que uno vea actualmente un hoyo más grande de los de costumbre —escribió Emilio Rodríguez Mendoza—, ahí está enterrando sus cimientos algún futuro monumento".²¹ No obstante lo dicho, la inoperancia de los comités encargados dejó sin homenajes a muchos de los próceres, carencias que debieron saciarse con los leones y alegorías levantadas por las colonias extranjeras residentes en el país. Tras este brote de efervescencia patriótica, la erección de estatuas volvió a su ritmo normal en la segunda década del siglo XX y en los primeros años de la tercera, rememorándose a unos cuantos amigos del

²⁰ Como bien ha señalado Gabriel Cid, el Monumento al Roto chileno fundió simbólicamente el conflicto de 1839 con el de 1879. En 1950, el Instituto de Conmemoración Histórica colocó una placa identificando al sujeto representado como Justo Estay, arriero chileno que hizo de guía de San Martín en el Ejército Libertador, con lo que el linaje del roto se retrotrajo hasta la misma Independencia. Véase Gabriel Cid, "Un ícono funcional: la invención del *roto* como símbolo nacional, 1870-1888", en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (eds.), *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010), Vol. 1, pp. 221-254; Gloria Cortés, "Monumento al roto... pionero: la construcción oligárquica de la identidad nacional en Chile", *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Vol. 185, Nº 740, 2009, pp. 1231-1241; y Voionmaa, *Escultura pública*, p. 134.

²¹ Emilio Rodríguez Mendoza, "Charla", *El Mercurio*, Santiago, 28 de agosto de 1910.



Escolares en actos públicos, c. 1920.
Colección Museo Histórico Nacional.

país y, especialmente, a sacrificados patriotas. “El pasado es el crisol en que se funden las enseñanzas del presente, para ejemplo y guía de las generaciones del porvenir”, dijo el ministro Jorge Andrés Guerra al inaugurar el monumento en honor a los mártires de la Batalla de La Concepción, en 1923. La inauguración fue descrita por *El Mercurio* como “un verdadero acontecimiento patriótico”,

periódico cuyo editorial alababa a la “artista en cuyas manos parece que vibraba el espíritu de la raza y la inspiración de nuestra historia de un siglo”.²²

El colapso del régimen parlamentario, en 1925, provocó un deseo inagotable de referentes heroicos y homenajes marmóreos, levantándose alrededor de una estatua al año hasta la segunda asunción presidencial de Arturo Alessandri Palma, en 1932. Entre estas destaca la que se erigió a Nicolás Palacios, “cantor de la raza chilena”, en cuya inauguración el poeta nacionalista Samuel Lillo declamó una vibrante poesía.²³ La hermosa estatua de Manuel Baquedano, por su parte, logró concretarse gracias a una masiva y heterogénea adhesión popular: “No hay en las largas listas ni una sola contribución cuantiosa, sino sumas pequeñas, centavos acumulados sobre centavos, donativos de soldados, de obreros, de gentes humildes y anónimas que querían ver en el bronce la efigie de Baquedano”.²⁴ Esta obra, que incluye una alegoría de la gloria alzando una guirnalda de copihues, fue alabada por su “conciencia artística y escrupulosidad histórica”: el escultor Virginio Arias se documentó respecto de la fisonomía del general y la vestimenta de la época, prestando especial atención a los detalles del corcel.²⁵ Para el Ministro de Guerra, que ofició de orador en la ceremonia de inauguración, se trataba de un “magnífico monumento, modelado por la mano creadora de un artista chileno, trabajado por artífices de nuestra escuela de Artes y Oficios, vaciado en bronce de cañones, cuya vida son páginas de la historia patria y que descansa sobre el pedestal, formado por hermosos trozos de piedra extraídos de nuestro suelo”²⁶

La estatuaría urbana es apenas una de las aristas de la pedagogía heroica santiaguina. A lo largo del período republicano los nombres de las calles de la capital han conmemorado los principales hechos y prohombres de la corta historia nacional, ofreciendo al transeúnte una orientación que no es sólo geográfica sino también simbólica. Las calles adquirieron sus primeros nombres durante la Colonia, siendo estos descriptivos y eminentemente locales, pues hacían referencia a los hitos religiosos aledaños, los vecinos más destacados, los accidentes geográficos visibles desde el lugar o la flora de los alrededores. La República puso fin a esta práctica, abrazando el sistema conmemorativo de origen francés; descartando, al mismo tiempo, la implantación de designaciones neutras y funcionales a la manera estadounidense.²⁷ Aunque los topónimos

²² “El homenaje de ayer a los héroes de La Concepción”, *El Mercurio*, Santiago, 19 de marzo de 1923; y “Pagamos una deuda nacional”, *El Mercurio*, Santiago, 18 de marzo de 1923.

²³ “Se inauguró ayer el monumento al autor de ‘Raza Chilena’”, *El Mercurio*, Santiago, 2 de enero de 1926.

²⁴ “Baquedano”, *El Mercurio*, Santiago, 18 de septiembre de 1928.

²⁵ “El autor de la estatua de Baquedano”, *El Mercurio*, Santiago, 20 de septiembre de 1928.

²⁶ “Se conmemoran hoy las Glorias del Ejército”, *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1928.

²⁷ Aunque la gran mayoría de las ciudades del continente optó por el sistema conmemorativo francés, puesto que entroncaba mejor con su propia tradición, Talca (1869) en Chile, Bogotá



Población Huemul, Santiago, c. 1918.
Colección Museo Histórico Nacional.

conmemorativos datan del primer tercio del siglo XIX,²⁸ considero que el período aquí analizado es de especial interés, pues fue precisamente en estos años cuando se popularizaron las placas con los nombres de las vías, difundiéndose entre los habitantes letrados la historia que narraba la ciudad. En julio de 1913, en la Municipalidad de Santiago se sugirió incluso “agregar una corta leyenda que

(1876) en Colombia y Ciudad de Guatemala (1877) adoptaron el sistema numérico. Para una comparación basada en los casos emblemáticos de París y Nueva York, véase Priscilla Parkhurst Ferguson, “Reading City Streets”, *The French Review*, Vol. 61, Nº 3, 1988, pp. 386-397.

²⁸ Véase, por ejemplo, el decreto firmado por Juan Francisco de Zegers y Francisco de la Lastra el 20 de enero de 1825, citado parcialmente en Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana* (Santiago, Mapfre, 1992), p. 215. Ahora bien, la conmemoración de la guerra independentista no lograba diferenciar completamente a Santiago de otras cabeceras del continente. Ya desde inicios del XIX, el nomenclátor bonaerense incluía conceptos (Libertad, Independencia) y éxitos comunes (Chacabuco, Maipú). Además, durante el período aquí estudiado se le añadieron los nombres de O'Higgins (1893), Blanco Encalada (1893) y Cochrane (1904). Véase Alberto Gabriel Piñeiro, *Las calles de Buenos Aires. Sus nombres desde la fundación hasta nuestros días* (Buenos Aires, Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires, 2003).

explique el significado del nombre, lo que a la vez serviría como una lección objetiva de historia".²⁹

Los topónimos conmemorativos tendieron a suplantar a aquellos nombres que hacían referencia a la flora y la religión.³⁰ La principal arteria santiaguina, sin ir más lejos, dejó de llamarse Alameda de las Delicias y pasó a denominarse Avenida Bernardo O'Higgins. Ya en 1911 la municipalidad realizó las primeras intentonas en este sentido, argumentando que el procer había contribuido a su formación y que "para la educación cívica del pueblo conviene dar a las calles más importantes de la población el nombre de los héroes que fundaron la independencia nacional",³¹ pero el cambio definitivo ocurrió recién en 1925, tras declinar Alessandri que la vía en cuestión llevara su antropónimo.³² Sólo la legislación, que prohibía dar a una vía el apellido de una persona antes de tres años de acaecido su fallecimiento, salvó a la Calle San Diego de denominarse Diego Barros Arana en 1907, aunque la plaza del mismo nombre no tuvo tanta suerte y pasó a llamarse Diego de Almagro.³³ Los topónimos de procedencia foránea también perdieron espacios ante la arremetida de los chilenos ilustres. El Camino de Cintura perdió "ese nombre afrancesado" –en el decir de su principal promotor³⁴– entre fines del XIX e inicios del XX: la sección oriente de dicho camino recibió el apellido del Intendente que le dio la vida, Vicuña Mackenna; a la parte poniente se le denominó General Velásquez, en memoria de uno de los militares que participó en la Guerra del Pacífico; y al sur pasó a llamarse Manuel Antonio Matta y Blanco Encalada, honrando al fundador del Partido Radical y al primer Presidente de la República de Chile, respectivamente.

En líneas generales, la transformación de la ciudad de Valparaíso fue similar a la de Santiago, pero su estudio permite profundizar en algunas de las ideas ya insinuadas y matizar otros planteamientos. La "estatuomanía" porteña comenzó el último tercio del siglo XIX, cuando se levantaron las efigies de Lord Thomas Cochrane, Guillermo Wheelwright y Cristóbal Colón, además de varias

²⁹ Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Municipalidad de Santiago, vol. 449, fs. 143-144.

³⁰ En líneas generales, se consideraba a estos nombres carentes de significado, incapaces de difundir un sentido de pertenencia. A finales del período aquí estudiado tomó fuerza, sin embargo, la idea de preservar lo que el nacionalista argentino Ricardo Rojas llamaba los "nombres geográficos tradicionales", véase Earle, "Sobre héroes y tumbas", pp. 39-43.

³¹ AHN, Municipalidad de Santiago, vol. 441, f. 487.

³² Ministerio del Interior, "Decreto Ley 346, que cambia el nombre de la Alameda de las Delicias de Santiago por el de Avenida Presidente Alessandri"; y Ministerio del Interior, "Decreto Ley 432, que dispone que la Avenida de las Delicias de Santiago, llevará en lo sucesivo el nombre de 'Avenida Bernardo O'Higgins'", ambos en *Boletín de las Leyes i Decretos del Gobierno*. Libro XCIV, pp. 1090-1091, 1133-1134. Véase, además, "La Alameda de Santiago", *El Mercurio*, Santiago, 22 de marzo de 1925.

³³ AHN, Municipalidad de Santiago, vol. 427, f. 271.

³⁴ Vicuña Mackenna, *Una peregrinación*, p. 28.

esculturas ornamentales y estatuas alegóricas.³⁵ El siglo XX le levantó estatuas a la Independencia, O'Higgins y Blanco Encalada, pero también se dio el tiempo para recordar a políticos antes controvertidos, como Diego Portales, José Manuel Balmaceda y Francisco Bilbao. Sin embargo, la obra más importante de todo el período es el Monumento a la Marina, inaugurado el 21 de mayo de 1886. "Por primera vez –apunta Víctor Carvacho– la llamada opinión pública tomaba partido en los debates que se suscitaron en torno a una obra de arte en la que todos se sentían comprometidos".³⁶ La figura central del conjunto, Arturo Prat, está flanqueada por las siluetas de Ignacio Serrano, Ernesto Riquelme, Juan de Dios Aldea y el Marinero Desconocido, buscándose personificar la gloria militar en héroes reconocibles y sujetos anónimos. Si los relieves e inscripciones dan cuenta de la intención pedagógica de los monumentos, la cripta con los restos de los homenajeados revela el estatuto casi sagrado de los héroes.

El nomenclátor de Valparaíso se mostró más abierto a las referencias exógenas que el de Santiago. Esto se debe, en parte, al cosmopolitismo propio del puerto. Las actas municipales son ilustrativas: la Calle del Hospital pasó a llamarse Reina Victoria en 1901, "como muestra de simpatía a la colonia inglesa" a raíz del sensible fallecimiento de su majestad; la Avenida Jaime se denominó Avenida Francia en 1910, "porque en ella la Colonia Francesa va a levantar el monumento al Centenario"; y el Camino Plano a Viña del Mar recibió el nombre de Avenida España, "como una deferencia a la Colonia Española y a la Madre Patria".³⁷ La legislación de los años veinte sugiere, por otro lado, que la apertura tuvo también relación con el espíritu de fraternidad americana y las consideraciones geopolíticas que lo inspiraban: las avenidas Merced, de la Palma y Tivoli cambiaron respectivamente sus nombres por Uruguay, Presidente Alfaro y Guillermo Rawson, "en recuerdo del Senador argentino de este nombre, que tan grandes esfuerzos desplegó para que la República Argentina se abstuviera de tomar parte en la Guerra del Pacífico".³⁸ El otro factor que explica el internacionalismo porteño es el descomunal crecimiento de la ciudad y la necesidad de mantener a raya las iteraciones, razón por la cual muchos extranjeros ilustres hallaron un espacio acogedor en los letreros

³⁵ La información sobre los monumentos de Valparaíso aquí referida se basa, principalmente, en la legislación parlamentaria, visitas a la ciudad y la tesis de López, *Santiago, Valparaíso, Viña del Mar*, pp. 380-439.

³⁶ Víctor Carvacho, *Historia de la Escultura en Chile* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1983), pp. 179-182.

³⁷ AHN, Municipalidad de Valparaíso, vol. 168, fs. 898-899, 904; AHN, Municipalidad de Valparaíso, vol. 184, fs. 192, 205-206; y AHN, Municipalidad de Valparaíso, vol. 185, fs. 781, 790-791.

³⁸ Ministerio del Interior, "Ley 4147", *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 2 de agosto de 1927, p. 3223; Consejo de Estado, "Ley 4147", *Recopilación de Leyes por Orden Numérico. Tomo 14* (Santiago, Imprenta Nacional, 1928), p. 143; y Congreso Nacional, *Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores* (en adelante, *Senado*), 22^a sesión ordinaria, 12 de julio de 1927, pp. 567-568.

de las calles del puerto. Sirva de muestra el apéndice del plano elaborado por el cartógrafo Alfonso Jara en 1936, intitulado *Denominación definitiva de las calles cuya designación caprichosa o repeticiones, daba origen a permanente perturbación de las Direcciones Domiciliarias de Valparaíso*.³⁹ Casi quinientas de las 846 vías registradas en este anexo incluyen una breve reseña del significado del nombre, pudiéndose contar entre ellas una cuarentena de escritores, una treintena de científicos, una docena músicos y otra docena de artistas plásticos, todos de nacionalidad extranjera, sin contar a filósofos, gobernantes y personajes mitológicos de la antigüedad clásica.

Los epítetos utilizados en la lista elaborada por el citado Jara ofrecen, asimismo, un prisma interesante para justipreciar la importancia de la nación en la memoria porteña. Mientras que los adjetivos “célebre”, “famoso” y “renombrado” se utilizan para ensalzar a variados personajes del mundo de la cultura sin importar su procedencia, “ilustre” y “distinguido” se tienden a concentrar en los marinos chilenos que participaron en la Guerra del Pacífico. El reconocimiento de “héroe” se le da a 26 sujetos, 24 de los cuales son sindicados como “héroe de la Esmeralda”. La guerra reclamó la heroicidad para sus muertos, brindando a los vivos la posibilidad de alcanzar ciertos consensos en materia de política cultural. Entre junio de 1906 y agosto de 1907, por ejemplo, las autoridades de Valparaíso se consagraron a encontrar “nombres apropiados” para una serie callejones numerados del 1 al 13, ubicados en el Cerro Polanco.⁴⁰ El proyecto original incluía a Pedro de Valdivia, Juan Pastene, tres combatientes de la Guerra del Pacífico y seis sujetos cuyas simpatías políticas los inclinaban hacia la izquierda –principalmente dirigentes obreros y del Partido Demócrata–, aparte de un filósofo francés (Voltaire) y un nombre no conmemorativo (Tapada). Finalmente se admitió a Valdivia y Pastene, pero se aumentó la cantidad de combatientes contra el Perú y Bolivia en desmedro del número de dirigentes sindicales y políticos, conviniéndose al mismo tiempo en “cambiar el nombre de Voltaire y Tapada, propuesto por la Comisión para los Callejones N° 6 y 10, por el de General Urrutia y de Cirujano Videla, respectivamente”.

La nacionalización del espacio público fue aún más compulsiva en el norte del país, especialmente en las ciudades que anteriormente habían pertenecido a los contrincantes de Chile durante la Guerra del Pacífico. En efecto, la erección de una estatua en el morro de Arica pasó a ser objeto de debate nacional, pues, pese a las iniciativas locales de los ariquenños, la prensa argumentó que “el pueblo todo de Chile tiene derecho a exigir que se le tome en cuenta en la ocasión tanto tiempo retardada, de consagrar por medio de un monumento aquel

³⁹ Alfonso Jara, *Nuevo Plano de la ciudad de Valparaíso* (Santiago, La Ilustración, 1936).

⁴⁰ AHN, Municipalidad de Valparaíso, vol. 182, fs. 177, 192-194; y AHN, Municipalidad de Valparaíso, vol. 183, fs. 613-614, 782-784.

sitio histórico”.⁴¹ Finalmente, por intermedio del Círculo de Oficiales Retirados y la Liga Patriótica Militar se optó por trasladar una de las estatuas de Vicuña Mackenna de Santiago a los pies del “histórico morro que él predicaba no soltar nunca”.⁴² El Tratado de Lima, firmado en 1929, logró que los gobiernos chileno y peruano adoptaran una postura menos beligerante y acordaran erigir en el morro mismo un monumento simbólico “para conmemorar la consolidación de sus relaciones de amistad”.⁴³

En septiembre de 1883, cuando aún retumbaba el estruendo de la guerra, Francisco Valdés Vergara, Jefe Político de Tarapacá, firmó un decreto por medio del cual alteraba la toponimia iquiqueña.⁴⁴ La plaza principal pasó a llamarse Arturo Prat, mientras que las del Mercado y la Escuela Taller fueron denominadas Carlos Condell y Manuel Montt, respectivamente. Asimismo, 25 calles perdieron sus nombres, conservándolos únicamente aquellas que hacían referencia a próceres de la Independencia (Bolívar, San Martín) y localidades donde se habían desarrollado las recientes batallas (Tacna, Tarapacá, Moquegua), aparte de la ya chilenizada Calle Aníbal Pinto. “La obra de nacionalización de la provincia de Tacna en que está empeñado el Gobierno –se lee en un mensaje presidencial enviado al Parlamento unos años después–, requiere que los antiguos nombres de las avenidas y calles de las ciudades de Tacna y Arica correspondan a hechos y hombres gloriosos de nuestra historia nacional, cuyo recuerdo debe perpetuarse en la memoria de nuestros ciudadanos”.⁴⁵ Con la promulgación de la Ley 4.134, las calles 28 de Julio y 2 de Mayo, que evocaban la proclamación de la independencia del Perú y el combate librado por aquel país en el Callao, cedieron su lugar a efemérides (21 de Mayo, 26 de Mayo) y prohombres (General del Canto, Rafael Sotomayor) chilenos, tanto en Tacna como en Arica. En esta última ciudad, y pese a conmemorar un triunfo vital en la emancipación hispanoamericana, ni siquiera la Calle de Ayacucho pasó la prueba del nacionalismo, estableciéndose que llevara “el nombre que tiene actualmente su prolongación hacia el poniente, o sea, Yungay”.

⁴¹ “En el morro de Arica”, *El Mercurio*, Santiago, 30 de junio de 1910. Sobre este monumento, véase Juan Carlos García Araya, “El monumento a Benjamín Vicuña Mackenna en Arica”, *Anuario del Instituto de Conmemoración Histórica*, Vol. 5, 2000, pp. 57-60.

⁴² “La estatua de Vicuña Mackenna”, *El Mercurio*, Santiago, 9 de septiembre de 1910; “La estatua de Vicuña Mackenna”, *El Mercurio*, Santiago, 5 de mayo de 1916.

⁴³ Ministerio de Relaciones Exteriores, “Decreto 1110, que ordena el cumplimiento del tratado celebrado entre los Gobiernos de Chile y el Perú”, *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 16 de agosto de 1929, p. 4470.

⁴⁴ Véase “Decreto sobre designación de nombres de las calles principales de Iquique”, firmado por Valdés Vergara y Eulogio Guzmán en Iquique el 15 de septiembre de 1883, en: http://sites.google.com/site/riocaplinia/iquique_calles.jpg.

⁴⁵ *Senado*, 10^a sesión ordinaria, 13 de junio de 1927, p. 163; y Ministerio de Relaciones Exteriores, “Ley 4134”, *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 18 de julio de 1927, p. 3015. La cita siguiente está tomada de la primera de estas fuentes. Véase, además, Luis Urzúa Urzúa, *Arica, Puerta Nueva. Historia y Folklore* (Santiago, Andrés Bello, 1964), pp. 63-64.

Los monumentos desperdigados en plazas, parques y avenidas de provincia permiten categorizar y jerarquizar los núcleos temáticos en torno a los cuales giró el discurso identitario.⁴⁶ En un sitial de preeminencia se sitúan la Independencia de Chile y la Guerra del Pacífico. Manuel Rodríguez reclamó una estatua en San Fernando y Juan Gregorio Las Heras otra en Talca, pero fue O'Higgins quien mejor logró personificar la emancipación y su efígie la más difundida. Por su parte, Prat logró erigirse como el principal símbolo de la Guerra del Pacífico, aunque la heterogénea procedencia de los combatientes amplió la esfera de los representados. Luis Cruz fue honrado en Curicó y Serrano idolatrado en su natal Melipilla, mientras que a Eleuterio Ramírez se le rindieron honores en Osorno y en Iquique. Un peldaño más abajo se encuentran los políticos profesionales, ya sean estos hombres de Estado –como Manuel Montt, a quien se le levantó una estatua en Petorca– o ídolos de partido –como es el caso del radical Matta, a quien se le homenajeó en Copiapó. Aparte de los militares y estadistas, otros personajes se ganaron el derecho a figurar en el panteón heroico: los intelectuales, científicos y artistas se hicieron acreedores de unos pocos homenajes, los religiosos se granjearon algunos devotos y la democratización de los honores se extendió tímidamente a los profesores. Al mismo tiempo, comenzó a elaborarse un discurso racial novedoso. Las estatuas de Valdivia en Santiago y la de Colón en Valparaíso vieron la luz durante el último tercio del XIX, mientras las réplicas de Caupolicán se esparcían por todo el país, pero fue la estatuaria del siglo XX la que reunió ambos motivos e imaginó una nación mestiza, aunque no se tratara de una miscegenación igualitaria. El monumento a Hernando de Magallanes en Punta Arenas, a cuyos pies descansan los nativos indígenas, es elocuente en dicho sentido, y a nadie debe sorprender que fuera financiado por un estanciero ibérico afincado en la zona.

Los nombres de las calles de las ciudades de provincia ayudan a sistematizar las referencias heroicas. A finales del siglo XIX, la Independencia sumaba la mayor cantidad de recurrencias.⁴⁷ Los topónimos más comunes eran O'Higgins y Maipú, encontrándose ambos en ocho de las doce ciudades aquí analizadas. San Martín los seguía de cerca, con siete menciones. En menor medida, eran también frecuentes los apellidos de los patriotas Freire (4), Las Heras (4) y Rodríguez (4), además de los topónimos ligados a la batalla de Chacabuco (5) y al concepto mismo de Independencia (4). Carrera aparece en tres de los planos

⁴⁶ Para desarrollar este resumen, y debido a la inexistencia de catastros de monumentos que abarquen el país en su totalidad, me he basado principalmente en la legislación parlamentaria aprobada entre 1879 y 1932, aun cuando algunas de estas leyes no lograron concretarse.

⁴⁷ El siguiente análisis se basa en planos de Antofagasta, Concepción, Coquimbo, Curicó, Iquique, La Serena, Los Andes, Puerto Montt, Punta Arenas, San Felipe, Talcahuano y Valdivia, todos ellos disponibles en Nicanor Boloña, *Album de planos de las principales ciudades y puertos de Chile* (Santiago, s.p.i., 1896).



Monumento a Hernando de Magallanes, Punta Arenas, 1920.
Colección Museo Histórico Nacional.

consultados, pero el número asciende a cinco de añadirsele las calles Carreras y Los Tres Carreras, de Coquimbo y Los Andes, respectivamente. La Guerra del Pacífico, por su parte, intentaba colorear este monocromático cuadro: junto a Aníbal Pinto (4), cuya administración había quedado vinculada a dicha gesta, Esmeralda (5), Prat (4) y Serrano (3) eran los que más se repetían. Bulnes (3) y Yungay (3) reclamaban su espacio en la memoria histórica, recordando la primera guerra contra Perú y Bolivia. Lo propio hacían los europeos Colón (4) y Valdivia (4) por un lado y los aborígenes Lautaro (3) y Caupolicán (2) por otro, en representación de los disímiles ancestros criollos. Calles de nombre más tradicional, como lo eran por ejemplo Merced (3), San Francisco (3), Matadero (3) y Comercio (2), tenían aún una presencia considerable.

A mediados de los años treinta, en cambio, la Independencia y la Guerra del Pacífico se disputaron la primacía de la memoria nacional en igualdad de condiciones.⁴⁸ O'Higgins está presente en los doce planos consultados, siendo

⁴⁸ Para desarrollar el análisis me he servido de los siguientes planos, elaborados por el Comité de Incendios de la Asociación de Aseguradores de Chile, disponibles en la Mapoteca de la Biblioteca Nacional de Chile: Antofagasta (1938), Coquimbo (1934), Curicó (1935), Iquique

el topónimo más común. Las calles San Martín (10), Carrera (9), Rodríguez (8) y Freire (7) experimentaron un incremento similar, y si bien Las Heras (6), Chacabuco (7), Maipú (7) e Independencia (5) se quedaron algo rezagadas, Cochrane (6), Blanco Encalada (5) y Camilo Henríquez (5) adquirieron visibilidad. En lo que refiere a la Guerra del Pacífico, Prat (9) y Serrano (9) vivenciaron un crecimiento aún más considerable que el de los padres de la patria. Aunque el entusiasmo fue algo menor a la hora de recordar a Pinto (7) y la Esmeralda (7), estos no batallaron en soledad, pues se hicieron acompañar de los topónimos 21 de Mayo (8) y Covadonga (5), junto a los heroicos combatientes Baquedano (8), Aldea (7), Riquelme (7), Ramírez (6), Manuel Orella (6) y Pedro Videla (5), entre varios otros. La Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana no fue olvidada, pero el principal héroe de la misma, Bulnes (6), y su decisivo triunfo en Yungay (4), pasaron a un segundo plano. La relación matemática del componente hereditario sufrió alteraciones, ya que la sangre indígena de Lautaro (7) y Caupolicán (6) prevaleció sobre los genes latinos de Valdivia (6) y Colón (4).

Si bien las calles de nombre tradicional no desaparecieron del todo, estas perdieron espacio ante la ofensiva simbólica de los nuevos ídolos nacionales. Disminuyó el número de vías llamadas Merced, Matadero y San Francisco, mientras la Calle Comercio dejó de existir debido a la creciente popularidad de Prat en San Felipe y Diego Barros Arana en Concepción. Con nueve calles en ocho ciudades distintas, Barros Arana fue pródigamente homenajeado, pero su caso debe considerarse una excepción entre los intelectuales y los científicos, acreedores de pocas menciones honrosas. No obstante el ascenso de Barros Arana, fue Balmaceda quien experimentó el aumento más significativo durante el transcurso de estos cuarenta años, pues, de tener una sola calle con su nombre, pasó a figurar en diez de los doce planos. Fuera de su carisma y heroico sacrificio, el auge de Balmaceda entre los nuevos héroes se debe al culto a los gobernantes republicanos, pero, sobre todo, al ensalzamiento de los caudillos políticos e ídolos de partido, una costumbre que tomó fuerza en aquel entonces, como lo insinúan las siete municipalidades que honraron a Matta y Bilbao. Otra tendencia digna de mención es el espíritu de fraternidad continental que empapó a autoridades y vecinos, aun cuando se tratara, en estricto rigor, de un acercamiento estratégico a las principales potencias de la región. Sin contar la Calle Brasilera en Punta Arenas, los topónimos Brasil y Argentina suman cinco repeticiones cada uno. Perú y Bolivia, en cambio, disfrutaron de poquísimos homenajes topónimicos.

(1935), La Serena (1934), Los Andes (1934), Puerto Montt (1935), Punta Arenas (1936), San Felipe (1935), Talcahuano (1934), Valdivia (1934). Concepción constituye la única excepción a esta norma, pues a falta de un plano de la Asociación de Aseguradores me he basado en *Guía Práctica y Plano Novísimo de Concepción* (Concepción, Imprenta Concepción, 1932).

III. *La Galería Nacional: Estampillas, Billetes y Monedas*

En este capítulo analizo las dimensiones simbólicas y comunicativas del dinero y de los sellos postales, enfatizando el rol que estos dispositivos jugaron en la construcción de la identidad nacional chilena. El dinero es esencialmente un medio de intercambio económico y el sello postal tiene por función primordial certificar el pago de la tarifa del servicio de correos, pero ambos incluyen imágenes y signos que difunden un mensaje particular. Por regla general, el emisor de dicho mensaje es el Estado-nación, el cual opera a través de instituciones creadas explícitamente para estos fines. Si bien caen dentro de la categoría de “lugares de la memoria” en un sentido lato, los “monumentos de papel” –término que designa no a los monumentos sino a los billetes y estampillas, y al cual agrego arbitrariamente las monedas– no se encuentran atados a ningún lugar específico, sino que propagan su mensaje por todo el territorio, penetrando incluso en la intimidad del espacio privado.⁴⁹ Su utilización mecánica y rutinaria los trasforma en instrumentos privilegiados en la difusión banal del nacionalismo. En lo que sigue, y sirviéndome de catálogos de numismática y filatelia, reflexiono en torno a la producción e iconografía del circulante y de los sellos, preguntándome qué mensaje comunicaron y quiénes eran sus receptores.⁵⁰

A lo largo de los últimos siglos, el dinero fue perdiendo cada vez más su valor intrínseco, hasta transformarse en un elemento fiduciario que, en última instancia, depende de la confianza que se tiene en el Estado que lo emite. Aunque el período aquí estudiado abarca únicamente una parte de este largo proceso, considero que se trata de una etapa fundamental en lo que me gustaría llamar la nacionalización del dinero. La emisión de los billetes fiscales en 1879

⁴⁹ El concepto de “monumentos de papel” está tomado de Centeno, “War and memories”, p. 79.

⁵⁰ Salvo que se indique lo contrario, la información sobre monedas y billetes referida en este apartado se basa en: José Galetovic y Héctor R. Benavides, *Billetes de Chile. Catálogo Ilustrado* (Santiago, s.p.i., 1973); Fernando Guzmán y Juan Manuel Martínez, *Catálogo de monedas chilenas. Colecciones numismáticas del Banco Central de Chile y Museo Histórico Nacional* (Santiago, Banco Central de Chile y Museo Histórico Nacional, 1991); Marcela Tocornal, *La economía chilena en la década de 1870 y la inconvertibilidad del billete bancario* (Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994); Patricio Bernedo, Ricardo Nazer y Carlos Donoso, *La emisión de dinero en Chile. Colección de Monedas y Billetes del Banco Central de Chile* (Santiago, Banco Central de Chile, 2005); Juan Manuel Martínez y Lina Nagel, *Iconografía de monedas y billetes chilenos. Colección de monedas y billetes del Banco Central de Chile* (Santiago, Origo Ediciones, 2009). En lo que respecta a las estampillas, el apartado se basa en: Sociedad Filatélica de Chile, *Filatelia Chilena: Catálogo Especializado Chile 2000. Sellos Postales y Aéreos* (Santiago, Sociedad Filatélica de Chile, 2000); Sociedad Filatélica de Chile, *Filatelia Chilena: Catálogo Especializado Chile 2006* (Santiago, Sociedad Filatélica de Chile, 2006); y Alfonso Calderón, *260 años del correo en Chile: 1747-2007* (Santiago, Correos de Chile, 2007). Por regla general, no hago referencias explícitas a dichas obras en las notas al pie, a menos que se trate de citas textuales o datos muy específicos.

y la creación del Banco Central en 1925 emanciparon al circulante de su valor metálico, ligando la suerte de la economía chilena a una divisa de carácter estatal, sólo parcialmente vinculada al oro. En su afán por monopolizar el dinero y crear un espacio económico homogéneo, cuyos límites coincidieran con las fronteras nacionales, el Estado chileno acuñó monedas y emitió billetes en grandes cantidades, haciendo también frente a la utilización de otros mecanismos de intercambio económico dentro del territorio.

La iconografía de las monedas chilenas refleja una voluntad política marcadamente republicana, ya desde la misma Independencia. El 9 de junio de 1817 se decretó la sustitución de “la execrable imagen de los antiguos déspotas” en las monedas de plata, acuñándose otras con “los augustos emblemas de la libertad”.⁵¹ Columnas, banderas, astros y montañas reemplazaron a las efigies de los gobernantes, mientras las inscripciones recalcaron el carácter independiente, igualitario y constitucional del país. La impronta patriótica se reforzó con los años, haciendo aparición el escudo nacional, el cóndor y alegorías republicanas. La llegada de los franceses Jean Bainville, primero, y Louis Oscar Roty, después, profundizaron esta transformación simbólica en la segunda mitad del XIX. La legislación finisecular consolidó la iconografía republicana, estableciendo que en las monedas de oro se estamparan el escudo nacional y el busto de la República, y se grabara un cóndor en las de plata.⁵² Coronas de laurel, estrellas e incluso una hoz con un martillo adornaron estos motivos. La inscripción “República de Chile” se había ganado un espacio indiscutido en el anverso de las monedas chilenas, fueren del valor que fueren, y en el reverso se turnaron las menos republicanas leyendas “Por la Razón o la Fuerza” y “Economía es Riqueza”. Este universo iconográfico se mantuvo inalterado hasta la aparición del Banco Central en el segundo cuarto del siglo XX. En 1926, dicha entidad acuñó monedas de prueba con imágenes de indígenas, pero estas no fueron finalmente puestas en circulación. La renovación del metálico debió entonces esperar hasta 1941, cuando el rostro de Bernardo O’Higgins asomó en las monedas de un peso, cincuenta y veinte centavos. En vez de las tradicionales ramas de laurel, unos copihues rodearon el perfil del procer, transformación sutil pero en la cual la literatura ha visto el abandono de los ideales republicanos decimonónicos y la formulación de un nuevo concepto de identidad nacional.⁵³

⁵¹ Citado en Osvaldo Rengifo, *Don Manuel Rengifo. Su vida y su obra* (Santiago, Andrés Bello, 1983), p. 112.

⁵² Ministerio de Hacienda, “Ley 277”, *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 11 de febrero de 1895.

⁵³ Véanse, por ejemplo, Guzmán y Martínez, *Catálogo de monedas chilenas*, pp. 49-52; y Juan Manuel Martínez, “Iconografía del dinero en el Chile del cambio de siglo XIX-XX”, en Fernando Guzmán, Gloria Cortés y Juan Manuel Martínez (comp.), *Iconografía, identidad nacional y cambio de siglo (XIX-XX). Jornadas de Historia del Arte en Chile* (Santiago, RIL, 2003), pp. 116-117.

La economía chilena de la segunda mitad del XIX y las primeras décadas del XX se basaba en un sistema complejo de relaciones jerárquicas entre las monedas de oro, plata y cobre, el cual sufrió las nefastas consecuencias de la escasez de metales. La falta de cobre era especialmente traumática, pues dificultaba las transacciones cotidianas y marginaba de la economía formal a los sectores populares. No debe sorprender, entonces, que sistemas de intercambio tradicional se mantuviieran vigentes ni que algunas ciudades optaran por emitir sus propias monedas, desafiando incluso la autoridad del Estado. En vista de estos desafíos y de la carencia de metales nobles, se acuñaron monedas de vellón y aleaciones de cinc, estaño y níquel. Durante la última década del siglo XIX y la primera del XX se aprobaron una docena de leyes autorizando la acuñación de varios millones de pesos en monedas de bajo valor. Mientras las de plata eran de un peso, veinte, diez y cinco centavos, las cifras de las de vellón iban de dos y medio a un centavo, agregándose incluso una de medio centavo en 1904.⁵⁴ Estas monedas fraccionarias, de valores considerablemente más bajos que la divisionaria, interpelaron a los estratos populares y coadyuvaron en la construcción de un sistema económico realmente nacional. No obstante, las monedas eludieron a buena parte de la población de menores recursos. En el norte, por ejemplo, los obreros salitreros siguieron recibiendo sus salarios en fichas y vales emitidos por particulares hasta mediados de los años veinte.⁵⁵ Los billetes, por su parte, intentaron suplir la carencia áurea. Aparecieron a mediados del siglo XIX y, a pesar de las sostenidas emisiones de metálico, “se fueron convirtiendo, en la práctica, en el principal medio de pago, constituyendo aproximadamente tres cuartas partes del circulante hacia 1920”.⁵⁶

La Ley de Bancos de 1860 regularizó la emisión de billetes en Chile, estableciendo un sistema de escaso control estatal en el que proliferaron los bancos emisores. Aunque dicha normativa señalaba que los billetes debían ser de 20, 50, 100 y 500 pesos, con el correr de los años empezaron a difundirse otros de menor valor y la utilización del papel moneda se extendió a la población urbana de medianos y altos ingresos. Poco antes de comenzar el período aquí analizado,

⁵⁴ Ministerio de Hacienda, “Ley 277”; Ministerio de Hacienda, “Ley 1054”, *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 31 de julio de 1898; y Ministerio de Hacienda, “Ley 1652”, *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 18 de marzo de 1904.

⁵⁵ Ismael Espinoza Valdés, *Fichas, Vales y Billetes Salitreros de Chile, Perú y Bolivia* (Santiago, Ismael Espinoza, 1990). Fueron pocas las fichas que utilizaron recursos icónicos, en su mayoría monogramas y representaciones ligadas a la industria salitrera, sin mayor relación con los símbolos de las naciones que se disputaron el territorio. Tras la Guerra del Pacífico se observa, eso sí, un cambio en los astros ornamentales que puede leerse en clave nacional: desaparece el sol, asociado al Perú, y se multiplican las estrellas.

⁵⁶ Bernedo, Nazer y Donoso, *La emisión de dinero en Chile*, p. 47. Los orígenes de los billetes modernos en Chile pueden datarse antes, de considerarse la emisión fiscal de seudobilletes de la década de 1820. Véase, Galetovic y Benavides, *Billetes de Chile*, p. 33.

en septiembre de 1878, circulaban ya más de ocho millones de pesos en billetes bancarios.⁵⁷ La cifra siguió en aumento, superando los doce millones al concluir la Guerra del Pacífico y los veinte tras la Guerra Civil de 1891. Al igual que las monedas, los billetes bancarios hicieron amplio uso de las alegorías femeninas; sin embargo, estas diosas rindieron culto a la industria, la agricultura y el comercio, no a la república. La reiterada utilización de ferrocarriles y escenas pastoriles ilustra la tensión en que se desenvuelve la iconografía del billete bancario: el arte abraza el progreso material, pero encuentra su correlato en la añoranza de un pasado bucólico. El énfasis en la naturaleza y las vistas del campo no supuso representaciones del agro chileno, puesto que estas imágenes se inspiraron en las campiñas inglesas y en las praderas norteamericanas, referentes más familiares para los artistas de la American Bank Note Company en Nueva York y la Waterlow & Son Ltd. en Londres, instituciones en las que se imprimían los billetes. Si bien se trata de un panorama iconográfico heterogéneo, escasamente vinculado a la realidad nacional, ciertos bancos optaron por difundir imágenes que apelaron al patriotismo. El Banco Comercial de Chile, el Banco de la Alianza y el Banco Nacional de Chile, por ejemplo, incluyeron el escudo nacional en todas sus emisiones, y los dos últimos se valieron de la figura del cóndor y del rostro de Pedro de Valdivia para hermosear algunos de sus billetes. El Banco de Concepción recurrió al carisma de Aníbal Pinto en el anverso y a la estatua de Caupolicán en el reverso de su billete de un peso, y el Banco de Santiago se sirvió del mismo recurso para juntar a Manuel Antonio Tocornal con la Esmeralda. Otros optaron por O'Higgins y José Ignacio Zenteno. El Banco de Curicó, instalado en 1882, fue aún más explícito en sus apelaciones nacionalistas, insertando una leyenda bajo los retratos de "El Comandante Eleuterio Ramírez" y "El Capitán de Iquique Arturo Prat", aunque el escaso número y el alto valor de estos billetes no favorecieron la difusión de su mensaje.

La crisis de 1878 y la Guerra del Pacífico trajeron consigo la aparición de los primeros billetes fiscales. El Congreso autorizó inicialmente al Gobierno para que este emitiera seis millones de pesos en billetes de curso forzoso, pero estas emisiones se volvieron frecuentes.⁵⁸ Al terminar la Guerra del Pacífico los billetes emitidos por el Fisco llegaban casi a los trece millones y, tras la Guerra Civil de 1891, el papel moneda fiscal superaba ya los cuarenta millones, duplicando al bancario. Al mismo tiempo, la arremetida estatal puso trabas a la banca privada.

⁵⁷ Las cifras han sido tomadas de Tocornal, *La economía chilena*, pp. 62-69.

⁵⁸ Ministerio del Hacienda, "Lei de 23 de julio que manda convertir en moneda corriente los billetes de banco a la vista i al portador emitidos por los bancos a que se refiere la lei de 27 de junio último" *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 23 de julio de 1878; y Ministerio del Hacienda, "Lei que reforma i adiciona la de 23 de julio sobre inconvertibilidad de billete de banco" *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 7 de septiembre de 1878. Para las cifras que siguen, véase Tocornal, *La economía chilena*, pp. 62-69.

En 1895 se limitó primero la emisión total de billetes de banco a 24 millones de pesos.⁵⁹ Junto con autorizar la emisión de una gran cantidad de billetes fiscales, la ley sobre papel moneda de 1898 prohibió definitivamente la emisión bancaria y declaró fiscal la existente, retimbrándose entonces los stocks acumulados en los bancos, que circularon ahora con la leyenda "Emisión Fiscal".⁶⁰ Ahora bien, la hegemonía estatal no fue fácil. En el norte, las crisis económica y política se conjugaron para hacer circular billetes ilegales en 1891, transgresión que se repitió en 1898 e, incluso, en 1899, cuando, caducada ya la concesión otorgada a los bancos para emitir billetes, una empresa comercial de Tacna hizo oídos sordos a la nueva legislación.



Tercera Serie Fiscal, 1898-1919.

Con el objeto de adecuarse a las fluctuaciones económicas e incorporar a la heterogénea población chilena al sistema económico, el Estado emitió billetes de valores muy disímiles, yendo estos desde uno hasta mil pesos. Las denominaciones más altas, que se imprimían en cantidades muy limitadas y rara vez se veían en circulación, representaban un enorme poder adquisitivo. Según José Galetovic y Héctor Benavides, el billete de \$1.000 de la primera serie fiscal equivalía a 1.650 gramos de oro amonedado de 21 quilates.⁶¹ Al exigir confianza en el Estado y dificultar el reembolso en oro, las emisiones fiscales buscaron "nacionalizar" a comerciantes cuyos horizontes económicos coincidían no con las fronteras nacionales sino con el sistema mundo. Las denominaciones de menor valor, por su parte, interpelaron a los sectores medios. La primera de las series fiscales puso en circulación casi un millón de billetes de un peso

59 Ministerio de Hacienda, "Ley 277".

60 Ministerio de Hacienda, "Ley 1054".

61 Galetovic y Benavides, *Billetes de Chile*, pp. 6-8.

y para la segunda se diseñaron incluso otros de veinte y cincuenta centavos, aunque estos no fueron puestos en circulación. La tercera serie fiscal, emitida entre fines del XIX y las primeras décadas del XX, ilustra la demanda de papel moneda de bajo valor: se realizaron 67 emisiones de billetes de \$1 y sólo 5 del de \$50. No obstante la incorporación de los sectores medios, los estratos de bajos ingresos siguieron recurriendo al dinero metálico y a sistemas de pago alternativo hasta bien entrado el siglo XX, cuestión que se vio reforzada en 1914, cuando se prohibió la emisión de billetes de un peso y se mandó acuñar quince millones de monedas del mismo valor.⁶²

Con el papel moneda fiscal, una serie uniforme de retratos de estadistas reemplazó a la anterior mezcolanza de motivos y estilos. Federico Errázuriz Zañartu (\$1), Manuel Blanco Encalada (\$2), Ramón Freire (\$5) Manuel Bulnes (\$10), José Joaquín Prieto (\$20), Francisco Antonio Pinto (\$50), Bernardo O'Higgins (\$100) y Diego Portales (\$1.000) conformaron esta galería de hombres ilustres. El escudo nacional, por su parte, se transformó en uno de los convidados de piedra, y se hizo acompañar por la leyenda “República de Chile”. Vistas santiaguinas, edificios públicos y estatuas de la Alameda reemplazaron a las escenas pastoriles y los ferrocarriles de antaño. Ya no era, pues, el progreso material ni la nostalgia romántica lo que inspiraba las imágenes que adornaban el papel moneda, sino Santiago, en tanto capital y plasmación de la República. Al igual que los billetes bancarios, los fiscales se imprimieron originalmente en el extranjero, pero el proceso de producción se concentró en Chile desde la segunda década del siglo XX. En los billetes de la Imprenta Fiscal, los Vales del Tesoro y, posteriormente, la serie provisoria de fines del veinte a cargo del Banco Central, las alegorías femeninas sustituyeron –momentáneamente– a los hombres ilustres. El carácter republicano de dichas alegorías se veía ahora confirmado por su cercanía con los emblemas patrios difundidos en estos billetes, a saber, el escudo, la estrella y el cóndor.

Los personajes fundacionales de la República y los estadistas más destacados de la misma volvieron rápidamente a dominar la iconografía del papel moneda, cuya emisión fue monopolizada por el Banco Central. Varios de los hombres ilustres mencionados arriba se repitieron el plato a inicios de los años treinta, cuando la efigie de Portales comenzó a utilizarse de filigrana y el directorio de la entidad en cuestión decidió incorporar a Aníbal Pinto y José Manuel Balmaceda.⁶³ Esta apertura permitió también la inclusión de Arturo Prat, aunque su figura despertó oposición: en la sesión del 9 de diciembre de 1929, uno de

⁶² Ministerio de Hacienda, “Ley 2947” *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 21 de noviembre de 1914.

⁶³ Galetovic y Benavides, *Billetes de Chile*, pp. 6-8.

los consejeros sugirió a Manuel Rengifo en su lugar.⁶⁴ El Banco Central desarrolló también cierta sensibilidad por los orígenes étnicos de la nación. Pedro de Valdivia volvió a aparecer en un billete chileno en 1939, acompañado de la apenas perceptible cabeza de Caupolicán. El muy difundido billete de cinco pesos, que ahora lucía un retrato de O'Higgins, incluyó decoraciones alusivas a la cultura inca y mapuche en su anverso desde 1932. Junto a las imágenes de la Batalla de Rancagua y el Abrazo de Maipú, representaciones de la llegada de Almagro a Chile y la fundación de Santiago adornaron el reverso del papel moneda. Se trata de diseños, en el decir de Juan Manuel Martínez y Lina Nagel, “con una clara intención de búsqueda de una identidad nacional a través del retrato histórico y de las alegorías correspondientes a la pintura historicista”.⁶⁵



Presidentes y Personajes Célebres, 1915-1928.
Sociedad Filatélica de Chile.

A diferencia del dinero, las estampillas fueron monopolizadas por el Estado durante todo el período aquí estudiado, centralizándose el servicio de correos en una entidad que dependía directamente del Ministerio del Interior, la Dirección General de Correos. La imagen de Cristóbal Colón dominó las estampillas chilenas desde su temprana aparición en 1853. Con excepción de un sello de carácter local utilizado brevemente en Tierra del Fuego, el perfil del navegante genovés fue el único que se estampó en los sellos postales decimonónicos, y estos se imprimieron abundantemente. Si bien al comienzo las tiradas eran de unos cientos de miles de sellos, las reproducciones de Colón pasaron rápidamente a contarse en decenas de millones, tendencia al alza que se acentuó en el siglo XX. Las estampillas impresas entre 1853 y 1899 totalizan alrededor de 314 millones, una cantidad bastante similar a los 293.450.400 sellos con la efigie de Colón emitidos

⁶⁴ La información contenida en este párrafo está tomada de Martínez y Nagel, *Iconografía de monedas y billetes chilenos*, pp. 140-178.

⁶⁵ Martínez y Nagel, *Iconografía de monedas y billetes chilenos*, p. 160.

únicamente en la primera década del siglo siguiente. El tamaño de las tiradas tiene directa relación con el incremento en el número de buzones, carteros y oficinas de correo, y con el vertiginoso aumento de la población lectora –los alfabetizados pasaron de ser menos de un cuarto de la población chilena mayor de ocho años en 1875 a sumar casi tres cuartos de la misma en 1930–,⁶⁶ aunque sospecho que el grueso de los usuarios del servicio postal pertenecía a la naciente clase media. Fue precisamente entre sujetos de este sector social que la afición a las estampillas encontró el mayor número de adherentes, generalizándose las agrupaciones de coleccionistas y los órganos de difusión filatélica.

Junto con masificar el servicio, el siglo XX intentó ensanchar la esfera de sujetos representados, pero los esfuerzos no fueron los suficientes. Un decreto firmado por Germán Riesco en diciembre de 1903 indicaba las nuevas efigies que debían figurar en las estampillas.⁶⁷ Aparte de Portales y Prat, la normativa hacía alusión a una amplia variedad de héroes de la Independencia y presidentes del país, presagiando un giro en la política cultural que se concretó en las próximas décadas. La iniciativa no prosperó y Colón mantuvo su hegemonía, por lo menos durante algún tiempo. Su dominio fue interrumpido sólo brevemente, entre mayo y agosto de 1904, por sellos de telégrafos con imágenes del escudo chileno y Valdivia, que circularon tras haber sido sobrecargados por la Imprenta Barcelona de Santiago. La ascendencia de Colón era tanta que, con ocasión de la celebración del Centenario de la Independencia, incluso se pensó reproducir las primeras estampillas que circularon en el país; sin embargo, este pionero rescate patrimonial cayó en descrédito y se optó finalmente por diseñar estampillas completamente nuevas.⁶⁸ En las estampillas de esta serie conmemorativa, que fueron emitidas el 18 de septiembre de 1910 y se mantuvieron a la venta durante exactamente un año, predominaron las escenas marciales, tanto terrestres (batallas de Chacabuco, el Roble y Maipo) como navales (combate entre fragatas Lautaro y Esmeralda, toma de la María Isabel y primera salida de la Escuadra Libertadora), junto a representaciones de hitos cívicos (jura de la Independencia, abdicación de O'Higgins, primer congreso chileno) y próceres: retratos de Blanco Encalada, Cochrane y Zenteno acompañaron a las estatuas de O'Higgins, Carrera y San Martín.

⁶⁶ Oficina de Estadística, *Quinto Censo General de la Población de Chile* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1876), pp. 614-619; y Dirección General de Estadística, *Resultados del X Censo de la Población efectuado el 27 de noviembre de 1930 y estadísticas comparativas con Censos anteriores. Volumen II* (Santiago, Imprenta Universo, 1931), pp. XI, 309-512.

⁶⁷ Ministerio del Interior, "Decreto que fija los valores, las efigies y los colores que tendrán las especies de correos que se indican" *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 19 de diciembre de 1903.

⁶⁸ Véase Ministerio del Interior, "Decreto 3186" *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 4 de agosto de 1910; y Ministerio del Interior, "Decreto 3641" *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 12 de septiembre de 1910.

Aunque no olvidaron a Colón ni a Valdivia, y ocasionalmente incorporaron a personajes secundarios de la emancipación chilena, las series regulares emitidas entre 1911 y mediados de los años treinta enfocaron su atención en los estadistas republicanos, concediendo un rol vital al retrato.⁶⁹ En la serie ordinaria de 1911 se encuentran representados casi todos los mandatarios que rigieron la República de Chile durante el siglo XIX. “O’Higgins” (₡5), “Freire” (₡10) y “F. A. Pinto” (₡12) sintetizan el período fundacional, mientras “Pérez” (₡30) sirve de bisagra entre el sello conservador de “Prieto” (₡15), “Bulnes” (₡20) y “Montt” (₡25) y la estampa liberal de “Errázuriz Z.” (₡50), “A. Pinto” (\$1) y “Santa María” (\$2). Completan la serie “Balmaceda” (\$5) y “Errázuriz E.” (\$10). Al ordenárselos según la fecha en que gobernaron, se privilegió la majestad del cargo por sobre cualquier rincón política, subrayándose la estabilidad republicana. La inclusión de los nombres de los gobernantes evidencia el carácter pedagógico de estas pequeñas manifestaciones de propaganda estatal.

O’Higgins, quien retrotrae la República a su momento fundacional, encarna como nadie los anhelos del Estado, y siempre se intentó hacer coincidir su imagen con la estampilla de mayor circulación. En 1911, por ejemplo, se emitieron 41 millones de sellos postales con su efigie, mientras que los retratos de Balmaceda y Errázuriz Echaurren gozaron apenas de 60 mil ejemplares –atendiendo a la Ley 2579, de fines del mismo año, para toparse con el rostro de uno de estos últimos la carta recibida debía pesar bastante más de un kilo.⁷⁰ Desde la serie complementaria de 1912, en cambio, el perfil de O’Higgins se estampó en el sello de diez centavos, robándole el puesto a Freire en una tirada que alcanzó los 76 millones de ejemplares. La nueva serie de estampillas ordinarias de presidentes y personajes célebres iniciada en 1915 –la primera impresión realizada en suelo chileno– mantuvo la pauta de las anteriores y al procer en el sitio de honor usurpado, la estampilla de diez centavos. Las últimas series de presidentes y personajes célebres, que circularon entre 1928 y mediados de los treinta, no alteraron el orden establecido, aun cuando Correos de Chile se preocupó de nacionalizar aún más el servicio al utilizar el escudo nacional de filigrana. O’Higgins también reclamó notoriedad en los sellos que conmemoraron los acontecimientos más importantes de la historia nacional. Las ya mencionadas estampillas del Centenario de la Independencia, de hecho, reprodujeron su diminuta silueta en varias de las escenas históricas inmortalizadas, y se quiso

⁶⁹ La importancia del retrato artístico en la construcción de las identidades nacionales ha sido analizada en Marcia Pointon, “Money and Nationalism”, en Geoffrey Cubitt (ed.), *Imagining Nations* (Manchester, Manchester University Press, 1998), pp. 229-254.

⁷⁰ Véase Ministerio del Interior, “Franqueo de correspondencia”, *Boletín de las leyes i decretos del Gobierno. Libro XLII (2º Volumen). Noviembre de 1874* (Santiago, Imprenta Nacional, 1874), pp. 369-376, y Ministerio del Interior, “Ley 2579” *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 14 de diciembre de 1911.

también personificar en él el Centenario de la Batalla de Maipú en 1918. Aunque los sellos de Maipú no se emitieron, la matriz se utilizó en la elaboración de etiquetas para una campaña sanitaria de 1925, en las que el busto de O'Higgins se hizo acompañar de las inscripciones "Pro Raza" y "21 de Mayo"; además, fueron reutilizados en 1927, al inaugurarse el servicio aéreo entre Santiago y Valparaíso. La fama de O'Higgins volaba.

IV. Consideraciones finales

Los monumentos, topónimos, sellos, monedas y billetes chilenos evidencian "el despuntar de una pedagogía a través del hombre ilustre" –para hablar con Agulhon.⁷¹ Aunque todos estos "lugares de la memoria" compartieron un mismo referente, la nación, divergieron en torno a la elección de los hombres más ejemplares de la historia patria. En base a la selección de los personajes modélicos es posible distinguir, *grossó modo*, dos discursos identitarios en competencia: uno, que podría tildarse de cívico, republicano e ilustrado; y otro más moderno, de carácter marcial y étnico. En cierto sentido, ambas narrativas heroicas se condicen con los principales "lugares de la memoria" aquí analizados –la "ciudad texto" y los "monumentos de papel"–, y creo que la explicación del contraste radica en la disputa en torno a la propiedad del pasado: mientras que la sociedad civil tuvo una injerencia significativa en la erección de monumentos y, en menor medida, en los nombres de las calles, utilizando estos canales simbólicos para expresar su propia visión de la identidad nacional en el espacio público, el Estado concentró la toma de decisiones respecto al diseño de las estampillas y del dinero en unas pocas instituciones de su dependencia, las cuales se mantuvieron ancladas en la tradición republicana. No obstante las diferencias, O'Higgins fue una figura transversal, que generó consensos y, hasta cierto punto, vinculó los imaginarios colectivos del Estado y la sociedad civil: su marmórea efígie fue constantemente homenajeada en la capital y replicada en provincias; su nombre, el que identificó a la principal arteria santiaguina y el más repetido en las calles del país en su conjunto; su rostro, el predilecto de los sellos postales desde el Centenario de la Independencia, uno de los favoritos de los billetes y el primero en adornar una moneda.

La narrativa heroica propugnada por la sociedad civil, patente en la "ciudad texto", puso el acento en la tradición guerrera y en los orígenes étnicos de la nación. En el transcurso de los cincuenta años estudiados, la Guerra del Pacífico le disputó los espacios públicos a la de la Independencia, y ambas parecieron fundirse en una gran epopeya nacional, a la cual en ocasiones se añadía la Guerra

⁷¹ Agulhon, *Historia vagabunda*, p. 125.

contra la Confederación Perú-Boliviana. Prat y Baquedano representaron las glorias navales y terrestres de la Guerra del Pacífico, haciéndose comúnmente acompañar de Serrano, Aldea, Riquelme y Ramírez, entre varios otros combatientes. Los mártires de la Batalla de La Concepción lograron personificar el sacrificio colectivo y el Monumento al Roto chileno homenajear al soldado mestizo de extracción popular, fundiendo simbólicamente los distintos conflictos bélicos. Al mismo tiempo, los ancestros alóctonos y autóctonos del período del Descubrimiento y de la Conquista se hicieron presentes en las plazas y en los letreros de las bocacalles, “racializando” aún más la identidad chilena. Los guerreros indígenas Lautaro y Caupolicán fueron quienes se granjearon más adeptos, pero cabe señalar que las colonias latinas y algunos sectores conservadores pusieron también en el tapete las raíces mediterráneas de la nación, rindiendo pleitesía a Colón y Valdivia. Las celebridades políticas no estuvieron ausentes de esta memoria heroica, y su heterogeneidad da cuenta de los distintos grupos que se disputaron la construcción de la identidad nacional en el espacio público, especialmente en los años veinte, cuando el nacionalismo en cuestión comenzó a ramificarse en una vertiente “progresista” y otra “conservadora” –para utilizar los términos de Patrick Barr-Melej:⁷² Portales agrupaba a los más reaccionarios; Matta era reverenciado por los radicales; Bilbao atraía tanto a liberales como a sectores de izquierda; y Balmaceda, si bien tenía credenciales de estadista, era un líder progresista idolatrado por sus fieles, cuyo fantasma amenazaba aún al régimen parlamentario.

Los “monumentos de papel”, en cambio, difundieron una narrativa centrada en los proceres independentistas y en los presidentes de la República, evidenciando la permanencia de un discurso identitario que giraba en torno a la institucionalidad republicana. Aunque subrayaron el carácter político del vínculo que ligaba a los chilenos, no fueron una vitrina para los caudillos de partido sino para los hombres de Estado. Balmaceda fue sólo uno entre los muchos gobernantes representados en la galería de políticos ilustres, donde convivían mandatarios liberales y conservadores, pero en la cual Bilbao y Matta jamás fueron aceptados. Diego Portales fue el único político que, sin ocupar la primera magistratura de la nación, recibió un tratamiento preferencial en billetes y estampillas, probablemente debido a que su “augusto rostro” se prestaba para simbolizar la autoridad estatal. Los símbolos nacionales eran aún menos problemáticos, y quizás por ello el Estado hizo amplio uso del escudo, la estrella, el cóndor y las alegorías republicanas en monedas y billetes. Exceptuando a Prieto, Bulnes y unos pocos guerreros de la Independencia, los héroes militares brillan por su ausencia. Prat había circulado en algunos billetes emitidos por

⁷² Barr-Melej, *Reforming Chile*, p. 52.

bancos privados tras la Guerra del Pacífico, pero el Estado no lo consideró merecedor del mismo homenaje sino hasta 1933, y el mártir debió esperar hasta 1948 para figurar en una estampilla. Como bien sostiene William Sater, fue una figura antigubernamental durante todo el régimen parlamentario.⁷³ Aunque el Estado sí incorporó a los ancestros europeos, se mostró receloso de los nativos americanos. Hubo sólo un intento fallido por incorporar las facciones de los aborígenes a la moneda nacional, y Caupolicán asomó en el papel-moneda bancario, no en el fiscal; por lo demás, recién en 1941 aparecieron en un sello postal, a los pies del conquistador Valdivia.

Los planteamientos de Hymans explicitados en la introducción, quien sostiene que el Estado no intenta imponer el nacionalismo sino que busca legitimidad en el espíritu de los tiempos, son sólo en parte pertinentes. Sus palabras son de gran utilidad en la comprensión del rol del Estado chileno en la “ciudad-texto”, puesto que este se mostró complaciente ante las solicitudes de los vecinos para cambiar los nombres de las calles y aceptó la erección de monumentos a diversos héroes, facilitando la emergencia de un nacionalismo de cuño étnico y marcial en el espacio público. Sin embargo, no son de demasiada ayuda a la hora de entender la galería de hombres ilustres difundida a través de los “monumentos de papel”. El Estado se mostró autorreferente y monotemático, refugiándose en una narrativa anticuada, que recalca el origen contractual de la nación. Fue, entonces, incapaz de satisfacer los anhelos de una sociedad civil que buscaba sus raíces en la sangre heredada de sus ancestros y vertida en los campos de batallas. El derrumbe del entonces denostado régimen parlamentario a mediados de los años veinte traería consigo el ascenso de líderes y grupos políticos que se identificarían con los sectores medios, y que harían suyas las demandas nacionalistas de la sociedad civil. Arturo Alessandri Palma y el general Carlos Ibáñez del Campo son, quizás, los ejemplos más evidentes.

⁷³ Sater, *La imagen heroica en Chile*, p. 113.